

á hermanos: ¡cuánto bien podía hacerles tan hermosa educación! y ¡cuántas recíprocas preocupaciones iban á desaparecer poco á poco! En aquel momento fué probado nuestro Santo con una nueva tentación y de las más violentas para otro que no fuera él.

Sin consultarle, le había conseguido el Embajador de España una Canongía en la Diócesis de Sevilla con una renta de doce mil escudos al año, y el nombramiento estaba ya firmado en la Dataría. Con gran delicadeza renunció nuestro Santo, haciendo saber al Prefecto de la Dataría que estaba resuelto á no aceptar beneficio alguno que obligase á la residencia. Su carta de 27 de junio de 1599 al Cura Párroco de Peralta le hace saber aquella decisión. Ya el año anterior, le notificó el mismo Embajador que su Soberano Felipe II lo había presentado para un Obispado de España, y José lo había renunciado también; lo que obligaba á aquel Embajador poco acostumbrado á semejantes renunciaciones, á decir públicamente que Calasanz era un santo. Su único objeto era la educación de la niñez abandonada, y á ella se entregaba con mayores alientos cada día.

Con el continuo aumento de niños, fueron insuficientes aquellos locales. Tomó en arriendo toda la casa vecina, y como al mismo tiempo eran también insuficientes los maestros, resolvió confiar sus clases á la Asociación de la Doctrina Cristiana. Encargó esta difícil negociación al sacerdote Archángeli, del cual ya hemos hablado. Acogieron favorablemente la petición el Presidente Antonio Céfori, y los otros dignatarios. ¿No era acaso aquella Obra una de sus obras? No eran también Cofrades suyos Calasanz y los primeros colaboradores? Era, pues, natural que adoptase la Cofradía un establecimiento fundado en cierto modo por ella. Pero eran otros los designios de Dios. En 1.º de agosto de 1599 fué propuesto el asunto en Asamblea general: aceptado por unanimidad, se resolvió: «que se tomaría bajo su protección y ayuda á las Escuelas Pías, mientras pudiera la Cofradía, que ardientemente deseaba la conservación de una Institución tan caritativa, que con gusto la había acogido la Junta Directiva, y que nadie había hecho oposición». Aquella ayuda y protección no pasarían de platónicas; sin embargo, atendida semejante unanimidad, el asunto podía considerarse resuelto por el momento. Quería Dios que después de otros ensayos infructuosos fuese José fundador de una nueva Orden Religiosa que asegurase la duración á perpetuidad de una obra tan grande. Debían fracasar todos los ensayos en tal sentido, disponiéndolo así el Señor, como lo dirá lo porvenir.

Suspenderemos por un momento la historia de las *Escuelas Pías*, para volver al hecho más extraordinario de la vida de nuestro Santo, á la multiplicación del tiempo en el empleo de las horas del día. Nos hablan los Anales de la Iglesia del don de ubicuidad concedido á varios Bienaventurados. San Francisco Javier, San Alfonso María Ligorio, y otros muchos, tu-

vieron el don de bilocación, pero esto fué en circunstancias muy raras y por poco tiempo. No sabemos que ninguno haya multiplicado la duración de un día, y José lo hizo habitualmente durante muchos años. Confúndese la imaginación ante tantas obras, hechas diariamente con entera regularidad, siendo suficiente una sola para ocupar á un hombre. No basta aquí la voluntad: es necesario tener en cuenta las distancias, y las distancias representan tiempo fijo y determinado, casi el mismo para todos. Nunca hemos hecho seguidas las visitas de las siete Basílicas; pero sabemos que á pie no hay mucha distancia entre San Juan de Letrán y Santa María la Mayor; mientras que hay casi una hora de San Pedro del Vaticano á San Juan de Letrán, y casi lo mismo de una de aquellas dos Iglesias á San Pablo extra muros. Por poco tiempo que se emplee en orar en cada Basílica, apenas si hay bastante con cinco horas para hacer esta peregrinación. Además, las fuerzas humanas tienen sus límites, y sin embargo ¿qué eran aquellas siete visitas cotidianas al lado de otras obras suyas? Ningún género de caridad espiritual ó corporal le era desconocido: «Quien ayuda á los pobres, decía, ayuda á Cristo». Y declarándose más humildemente aún su esclavo, añadía: «Quiero servir á los pobres que me representan á Jesucristo». Gustaba de encontrarse con ellos, de insinuarse en sus almas, de admirar la facilidad que da la pobreza para practicar las virtudes evangélicas: y en efecto, muchos de los Santos de aquella época eran verdaderos indigentes, que no vivían sino de limosnas, como fué más de un siglo más tarde nuestro compatriota San Benito Labre. Sus funciones lo ponían constantemente en relación con ellos. Enumeremos una vez más el gran número de Cofradías á que pertenecía, no sólo de nombre, sino realmente, cumpliendo con escrupulosidad todas sus obligaciones.

Hemos visto que era miembro ordinario y Visitador de la Cofradía de los Santos Apóstoles, buscando á los pobres, y sobre todo á los pobres vergonzantes ocultos en sus casas. Encargado, como los demás, de la visita de un solo barrio, reemplazaba á veces á sus cofrades en las otras parroquias de la ciudad, y aquellas visitas las hacía todos los días sin excepción.

Era cofrade de la Doctrina Cristiana, y explicaba el catecismo, no sólo los domingos y las fiestas en la Iglesias, sino también en las calles, y en las plazas públicas, y casi todos los días.

Dudó por mucho tiempo si se inscribiría en la Cofradía de las Llagas, aunque asistía con asiduidad á los ejercicios, temeroso de cargarse demasiado, aceptando tantas y tan rigurosas obligaciones. Decidióse por fin, y se inscribió el 18 de julio de 1599, precisamente, cuando mayores eran las ocupaciones que tenía por la fundación de las Escuelas.

No cumplía menos el Reglamento de dos Cofradías, de la Trinidad de los Peregrinos, y de Sta. María del Sufragio, sin que-

rer sin embargo ser miembro titular, por sus ocupaciones cerca del Cardenal Colonna, que le absorbían mucho tiempo, ya por sus trabajos de Teólogo, ya por la educación religiosa de su sobrino, y por la dirección del numeroso personal de la casa. Añádanse tantas prácticas de piedad, tanta oración, el tiempo necesario para celebrar la Sta. Misa, rezar las Horas Canónicas, el Oficio Parvo y el Rosario, y se comprenderá la admiración de sus contemporáneos, como dicen las Actas de su Canonización, al ver á un hombre tan noble, tan sabio, tan rico, tan afamado, promovido con frecuencia á los más ricos Beneficios, y aun al Obispado, de tan majestuosa estatura, viéndole, digo, andar dos veces al día la inmensa distancia que separa el palacio de Colonna de la Iglesia de Santa Dorotea, siempre á pie, soportando el sol del verano, la lluvia y los barroes del invierno, para enseñar á niños desarrapados, harapientos, groseros, mal educados, incapaces de apreciar su alta virtud, y sin embargo, teniendo sus delicias en hallarse entre ellos.

Pero se cambiaba en estupor aquella admiración, se creía ver un verdadero milagro, cuando se veía á un solo hombre atender á tantas ocupaciones tan extraordinarias, que una sola bastaba para ocuparle todo el día, y hacía cada una sin aceleramientos, sin precipitación, como si no tuviera más que aquella. Y después de haber cumplido con tan múltiples tareas visitaba también todos los días los hospitales y las cárceles, consolando y confesando á los enfermos y reclusos, sin contar otras muchas obras que olvidamos en esta enumeración incompleta, pero que se hallarán en el curso de esta historia.

¡Gran lección para los directores de obras buenas! Cierzo que no todo el mundo tiene ese don de multiplicación del tiempo, mas ¡cuántas casas hay en que no se puede conseguir que muchas personas cumplan la tarea más limitada y mejor determinada! ¡En cuántas se ve á dos ó tres hacer el trabajo, mientras que los otros que casi nada hacen, no se ocupan más que en quejarse del número de sus ocupaciones! Verdad es que obran con prudencia los Superiores al determinar el número de las ocupaciones de cada uno: pero ¡cuánto más valían aquellos tiempos heroicos en que las Ordenes Religiosas en el principio de su fundación hacían mucho más con pocos individuos que más tarde con numeroso personal!

En el proceso de la canonización de San José, Mgr. Bottini, arzobispo de Myra, y Promotor de la fe, que es lo que con bastante poca seriedad llamamos en Francia, el abogado del diablo, «creía imposible que en tan poco tiempo pudiera José hacer frente á todo, y aún á las prácticas más diversas», (1) y trataba de hacer sospechosa la buena fe de los testigos jurados, acu-

(1) Animadversio super dubium; an constet de virtutibus, etc., etc., §15 et 16. Inverosimile videtur quod caleret tempus pro tot et tantis ministeriis adeo diversis.

sándolos de piadosa exageración. Pero le contestó el abogado de la causa, Mgr. Juan Bautista Lucini que «el Siervo de Dios era un segundo Jacob, abrasado día y noche en el fuego de la caridad para con Dios y para con el prójimo, la que obligaba al sueño á huir de sus párpados; de modo que puede explicarse cómo empleaba la noche en las prácticas de piedad, y el día en las obras de misericordia». (1)

Ya hemos dicho que José se había hecho íntimo de algunos santos pobres de su tiempo. Citaremos dos como ejemplos de la expansión de la santidad en todas las clases sociales en aquella hermosa época que comienza en la primera mitad del siglo XVI para prolongarse por más de cien años.

Había en aquel tiempo en Roma un agricultor llamado Santiago, enteramente despegado de las cosas del mundo, entregado constantemente á la oración, y hallando en su gran pobreza medios para hacer grandes limosnas. Los prelados, los cardenales y hasta el Sumo Pontífice, lo tenían en gran estimación, y su fama llegaba á todas partes; los príncipes lo habían llamado para ser padrino de sus hijos, entre otros el gran duque de Toscana, más orgulloso con dar por padrino á su hijo al pobre Santiago, que con que lo tuvieran en la fuente bautismal los más grandes príncipes de Europa. Acto de fe que no sabría ni comprender ni imitar nuestro siglo. No hay que decir que José lo tenía por amigo, y lo visitaba con frecuencia, hablando con él de las cosas de Dios. Habiéndole conducido un día á sus habitaciones del palacio Colonna, al ver Santiago las celosías que daban á la iglesia de los Doce Apóstoles, exclamó: «¡Qué feliz sois! más vale vuestra habitación que la del cardenal, porque él no tiene la comodidad que tenéis vos, de adorar á cada instante al Santísimo Sacramento. Es necesario que la empleéis bien para conocer qué es lo que quiere de vos el Señor. Vamos, hagamos un poco de oración para que Dios os inspire». Pusiéronse de rodillas, y permanecieron inmóviles y silenciosos durante dos horas. ¡Qué fervorosa debió ser aquella oración de dos Santos! Levantáronse por fin, y continuaron hablando de cosas espirituales bajo la influencia de su ferviente oración. El señor Santiago, así le llamaban, dijo: «Perseverad en el camino comenzado: os prometo que haréis mucho bien, y veréis cosas grandes».

San José tenía también frecuentes conversaciones con una santa joven. Encontró un día al señor Santiago frente á la iglesia de San Carlos Borromeo, dicha *in Catilinari*, y le dijo: Veniga V. conmigo, verá V. algo que lo hará á V. feliz, y que no creería, aunque yo se lo afirmase». Condújole á una casa humil-

(1) Responsio ad animadversionem. Erat Servus Dei alter Jacob qui die noctuque urebatur aestu charitatis in Deum et proximum, fugiebatque somnus ab oculis ejus (Gen. XXXI, 40) unde non est mirum quod praedicta pia opera impleteret tempore diurno, ac nocturno loca pia et septem Urbis Ecclesias visitaret.

de, situada detrás de la iglesia titulada del Monte de la Farina, y habitada por una pobre joven llamada *Victoria*. Hacía muchos años que estaba gravísimamente enferma, parálitica, pasando el día en una triste silla, de donde su madre la trasladaba en la noche á una pobre cama. Cuando era José visitador de aquel barrio, le había suplicado la madre que fuese á ver á su pobre hija, y la socorriese con sus limosnas. Halló á aquella enferma tan débil y extenuada, que no se comprendía cómo podía vivir en aquel estado: pero tenía la sencillez de los santos y una paciencia inalterable. Exhortóla José á que se aprovechase bien de sus penas, le enseñó la manera de hacer oración, y con frecuencia volvía á llevarle consejos y limosnas. Pronto adelantó de singular modo en la perfección. Por la mañana, apenas la colocaban en la silla, cerraba los ojos, y hacía en espíritu la visita de las siete iglesias: comenzaba por San Pedro, donde hacía la profesión de fe; después, siempre en espíritu, se dirigía á las otras Basílicas meditando los misterios del Rosario con afectos de amor y de dolor, derramando lágrimas de compasión, ó llena del más puro gozo. Terminaba la peregrinación cotidiana en Santa María la Mayor, donde, siempre en espíritu, se confesaba, oía misa, comulgaba, daba gracias, volviendo después á su casa. Sólo entonces abría los ojos, y ya era mediodía. Después de comer pobremente, iba siempre en espíritu á casa de las niñas y jóvenes pobres de la vecindad, les enseñaba el catecismo, el método de orar y la fidelidad á los deberes de estado. Por fin en la noche, meditaba en los Novísimos, entreteniéndose con la felicidad del Paraíso, y decía cosas tan sublimes, que causaban la admiración de San José, tan adelantado en ciencia como en santidad.

Quedó como transportado en éxtasis el señor Santiago al escucharla, y dió las gracias á su amigo por haberle hecho conocer una de las mayores maravillas de Roma. ¡Feliz época en que se producían frutos de santidad que no sabríamos comprender nosotros tan naturalistas que quedamos muy satisfechos, cuando encontramos algunos hombres que comulgan en la Pascua, no pudiendo resolverse á exigirles más! Pero la historia de *Victoria* debía tener su desarrollo íntimamente ligado á la vida de nuestro Santo.

Creyendo que no sufría bastante, le suplicó *Victoria* que le proporcionase un cilicio: resistió José compadecido de su estado: cedió, en fin, á sus importunas instancias, y le dió un cinturón de clin que había usado mucho tiempo. Incapaz de ponérselo por sí misma en su estado de parálisis, suplicó á su madre al llegar la noche, que se lo pusiera en la cintura. Asustada la madre, se negó redondamente: estaba su hija tan flaca y tan extenuada, y de tal modo estaba la piel pegada á los huesos, que aquella adición de sufrimientos tenía por necesidad que acelerar su muerte. Pero, vencida por sus súplicas, y sobre todo considerando que se lo había dado el mismo José á

quien todo el mundo llamaba Santo, consintió al fin la pobre madre en ponerle aquel instrumento de suplicio. Dios bendijo la fe de aquellas gentes valerosas; al cabo de quince días se sintió sensiblemente mejor *Victoria*, declarada incurable y desahuciada de los médicos hacía algunos años. Desapareció su extremada flacura, le volvieron los colores de la salud de tal manera que no parecía que hubiera estado enferma. Confuso San José, contestaba al reconocimiento mostrado por la madre: «Dad gracias á Dios que lo dispone todo para su gloria».

Hacía mucho tiempo que deseaba nuestro Santo hacer las más notables peregrinaciones de Italia, de aquella tierra tan rica en recuerdos de santidad. Pero quería estar de vuelta para el año Santo de 1600. Ocupado en sus diferentes obras, y especialmente en las Escuelas, no había podido satisfacer aún su devoción, como lo escribía al Cura Párroco de Peralta en 27 de junio de 1599. Aprovechando las vacaciones de otoño, comenzó á pie aquellas largas correrías. Dando principio por Asís, visitó el monte Alvernia (1) santificado por las penitencias de San Francisco; el santo Desierto de los Camaldulenses (2) robado y vendido en estos últimos tiempos por la Revolución italiana; Loreto (3) con su célebre Casa de Nazaret; el Monte Gárgano, (4) en que se apareció San Miguel; el Monte Vergine, el monte Casino, y Subiaco (5) llenos de recuerdos del Patriarca de los Mon-

(1) En el monte Alvernia, en 1224, recibió San Francisco, y conservó por toda su vida las llagas de nuestro Señor Jesucristo.

(2) Mucho han disputado los doctos sobre este nombre de Camaldulenses. Parece que el desierto en que se estableció aquella reforma de San Benito se llamó Campo-Maldoni, de donde viene Camaldulenses. Su Fundador fué San Romualdo en 1012. Era excesivamente austera la vida, siendo por mucho tiempo edificación de la Iglesia. Estaba reducida á corto número de Religiosos, cuando les robaron el Desierto y todos los bienes los Piamonteses.

(3) La Santa Casa de Nazaret, donde se encarnó el Verbo de Dios, y en que vivió nuestro Señor Jesucristo hasta los treinta años, estaba todavía en Palestina en 1291, y era objeto de veneración para todos los peregrinos del universo. El 8 de mayo de aquel año, en el Pontificado de Nicolás VI, transportaron los Angeles la Santa Capilla á Esclavonia, cerca del mar Adriático. Tres años después, el 10 de diciembre de 1294, atravesó el mar la Capilla, y se situó cerca de Recanati, en la Marca de Ancona, en un bosque de laureles, de donde le viene el nombre de Loreto: era en el pontificado de Celestino V. Ocho meses después se acercó más á Recanati, y se situó en una montaña. Poco después, cambió otra vez de lugar, y se fijó en la orilla de una carretera, á dos millas del mar, donde se halla actualmente. Estas maravillosas translaciones son hechos probadísimos de la historia: puede leerse su irrecusable resumen en el hermoso libro del Abate Postel. Al rededor de la Santa Casa se fundó una ciudad episcopal, y bajo sus muros se dió la batalla de Castelfidardo en 1860.

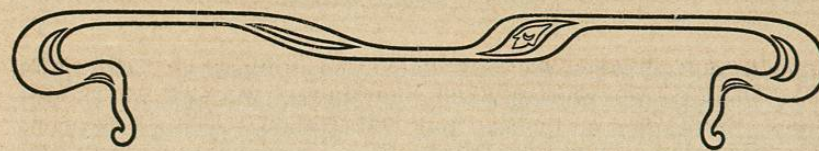
(4) En el Monte Gargano, en la Apulla, se apareció el Arcangel San Miguel en el Pontificado de Gelasio I. La Iglesia celebra su memoria el 8 de mayo.

(5) Subiaco es una gruta, inaccesible en otro tiempo, en un lugar encantador, á 50 millas al Oeste de Roma, donde vivió San Benito en el año 494 y siguientes. En 529 se retiró á Monte Casino, en los límites de Samnio

jes, y llegó á Roma á fin de octubre, llevando consigo, si vale la expresión, todos los santuarios visitados, y las virtudes de los Santos que los habían habitado. Más tarde, cuando salían sus Religiosos para alguna peregrinación: «Hacedla de manera, les »decía, que aquellos santos lugares entren en vosotros, y no os »contentéis con entrar materialmente en ellos.»

Confortado con todo lo que había visto y meditado, volvió á abrir las Escuelas con nuevo ardor, y á tomar todos sus ejercicios, añadiendo todavía más á los que hemos enumerado, con admiración de todo el mundo, porque en la Cofradía de los Peregrinos iba á poner en ejercicio su celo, durante el año Santo del Jubileo de 1600, en que hubo en Roma concurso inaudito de gentes de todo el mundo.

y la Campania. Es la más ilustre Abadía del mundo, y el centro de la vida monástica de Occidente. Sus recuerdos la han librado (hasta hoy) de los latrocinios de los Piamonteses.



## CAPITULO VII

### Desarrollo

1599-1602

**G**RANDES inconvenientes tenía el establecimiento de Santa Dorotea. Primero, á pesar de cuanto se había aumentado, no podía bastar al número siempre creciente de alumnos. Además estaba muy distante de la ciudad propiamente dicha, y los niños tenían que atravesar el Tiber por un solo puente, estrecho, obstruido por la muchedumbre, con insuficientes aceras, como se conserva todavía hoy. Buscó, pues, José una casa á propósito, en la orilla izquierda del río, poco distante del puente Sixto, y más próxima á los barrios centrales. La muerte del Cura de Santa Dorotea le obligó á dar prisa al asunto, porque no se sabía si el nuevo Párroco tendría toda la abnegación de su antecesor, para ver su casa obstruida por aquella gente menuda que tan pocos atractivos tiene para la naturaleza. Tomó provisionalmente una casa pequeña, situada entre el campo de Flora y la Iglesia de San Andrés del Valle, cerca de la Posada llamada del Paraíso, en el barrio más poblado de Roma. Aquel arrendamiento le costaba cincuenta escudos anuales, sobre doscientas cincuenta pesetas. Poco después, siendo pequeña la casa, arrendó otra en cien escudos al año, sobre quinientas pesetas. Aquellas dos casas podían dar alojamiento á los niños y á los maestros, ventaja que hacía tiempo deseaba José para el mayor bien de su obra. Tuvo lugar esta traslación á principios de 1600. Pero en aquella ocasión experimentó una nueva prueba. Casi todos los Maestros le abandonaron de repente, ya porque el nuevo local estaba lejos de sus casas, ya porque los desalentó el demonio. Era la tercera vez que se quedaba solo, y precisamente cuando, creciendo siempre el número de niños, llegaba ya á algunos centenares. Mas no se asustó por ello su alma siempre invicta, y Dios que quería conducirlo poco á poco á la fundación de un Instituto Religioso consagrado á la educación de los hijos del pueblo, permitió que encontrase nuevos colaboradores mejores que los primeros, porque, si llegaron algunos por el dinero,